

LA MADRE DE FAMILIA

REVISTA MORAL É INSTRUCTIVA

BAJO LA DIRECCION DE

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

SE PUBLICA LOS DIAS 1.º, 8, 15 Y 23 DE CADA MES.

PRECIO: DOS REALES MENSUALES

3.ª EPOCA. 1883.-Año VII	REDACCION Y ADMINISTRACION Barro del Campillo, núm. 15, Granada.	Núm. 14 Dia 8 de Julio
-----------------------------	---	---------------------------

SUMARIO.

LA MUJER REGENERADA POR EL EVANGELIO, por Enriqueta Lozano de Vilchez. — A MI HIJO LORENZO y A UNA ROSA, poesias por Emilia Calé Torres de Quintero. — UN MAR SIN PUERTO, *novela*, por Enriqueta Lozano de Vilchez. — VARIEDADES, por S. — SECCION DOCTRINAL, por Enriqueta Lozano de Vilchez.

LA MUJER

REGENERADA POR EL EVANGELIO.

(CONTINUACION.)

Este rudo tormento, esta inmensa agonía que destrozaba el corazon de la mujer en sus sentimientos de madre, no fué su legado, solo en los tiempos primitivos, en los cuales la barbárie se ostentaba en toda su feróz rudeza, ¡Nó! mas adelante y en la misma pátria de Anibal, la supersticion, sustituyendo á la ignorancia, reprodujo mil veces las mismas repugnantes y horrorosas escenas.

Dentro de los muros de Cártago, se ofreció Saturno la existencia de centenares de ni-

ños, que perecieron quemados vivos en el centro de la estatua de aquél maldito ídolo, cuando Agatocles, poniendo cerco á la ciudad, estuvo á punto de causar su ruina.

Entónces este tributo espantoso de llanto y sangre impuesto á el alma de la mujer, no le pagaron solo las desdichadas esclavas á quien á viva fuerza arrebatában sus hijos, ni las extranjeras, ni las pobres, cuyos esposos vendían los suyos para arrojarlos á las llamas; las damas principales sufrieron el mismo dolor, y derramaron las mismas lágrimas, porque los niños nobles perecieron tambien, y Dios á puesto en el corazon de todas las madres, la esencia mas pura de su bendito amor, y la señora y la esclava, y la altiva matrona, y la torpe cortesana, les sienten crecer con igual fuerza. Pero ¿qué mucho que suceda así, si la hiena trueca en dulzura su ferocidad, en presencia de sus hijuelos, y la leona ruge con furor, cuando algun peligro amenaza á los suyos?

Las cananeas y las cartajinesas, no solo tenían que aceptar el sacrificio, sino que es-

taban condenadas á llevar por sí mismas sus hijos á la muerte, y á presenciar su suplicio, sin que una sola gota de llanto humedeciese sus abrazadas pupilas, ni un grito de agonía se escapase de sus trémulos lábios.

¡Oh! ¡cuán espantosa desesperación debió apoderarse de aquellas desventuradas! ¡que tortura tan incomprensible oprimiría sus almas! ¡la nuestra se estremece al recordar aquellos tiempos de horror!

La condicion de la mujer, no regenerada aun por la ley sublime de Cristo, no fué mejor por cierto en las Galias, y en la Germania, que lo habia sido entre los egipcios y los cartagineses, en los pueblos del Norte tambien, la compañera del hombre, sufrió el llugo de la infamia y la esclavitud, y nos basta para conocer lo precario de su destino, saber como era considerada, y como era tratada allí.

Juzgándola esclava del hombre, y destinada solo para servirle, se dejaban á su cuidado las faenas mas penosas, y los trabajos mas duros que eran necesarios para la subsistencia y la comodidad de los que se llamaban sus señores.

Y esta creencia estaba tan arraigada, que al morir el marido se daba muerte á la mujer, y se la enterraba á su lado, para que fuese á servirle en el otro mundo.

Y en cambio de tantos y tan crueles deberes no tenia proteccion ni derecho alguno, y el padre y el marido, eran los dueños absolutos de su persona y de su vida, y podian darle la muerte sin responsabilidad alguna por ello.

Los códigos mismos parecian hacerse solidarios de esta opresion bárbara y de esta continua humillacion moral, pues el que heria ó asesinaba a una mujer solo sufría la mitad de la pena que si hubiese golpeado, ó quitado la existencia á un hombre.

Y si de este modo eran consideradas ante la ley, eran lo peor aun, ante las erróneas y supersticiosas creencias, que inspiraba la idolatría.

Mirándolas como un ser impuro y degradado, la creían desterradas para siempre del Valhalla ó paraíso de Odin, aseguraban que solo les seria dado gozar de sus delicias, si al

morir el esposo se arrojaba en una hoguera para perecer tambien entre las llamas; acto de barbarie, que si no llevaban á cabo voluntariamente las obligaban á ejecutar por fuerza.

¡Pobre mujer sujeta siempre á los tormentos de la materia y del espíritu! ¡sin venturas y sin alegrías en el presente, y sin consuelos en el porvenir! ¡cuánto padeciste, entre las tinieblas del error, y cuántos bienes le debes á la nueva ley de gracia, sellada con la sangre de un Dios sobre la cima del Calvario!

II.

Al trazar la historia de los sufrimientos de la mujer, en las épocas anteriores al cristianismo, lo hemos hecho á grandes razgos, porque las escenas á que daba pàvulo la existencia de dos, tres ó mas esposas reunidas bajo un mismo techo, la vida de los hijos, no pudiendo considerarse como hermanos puesto que se veían defendidos y acariciados por distintas madres; las humillaciones, los celos, los odios que todo esto producía; los resultados en fin de la poligamia, que tantos crímenes y tantos desastres traía en pos, mancharian, no solo la pluma, sino la mano de la mujer que intentara levantar el velo que en el olvido las envuelve.

Hemos pasado ante estos hechos, como cruzaríamos al lado de un pantano cenagoso, fijando con horror los ojos en él por miedo de que nuestro pié resbale en su orilla, pero sin detenernos jamás á remover el cieno que oculta en su fondo, porque sus miasmas venenosas nos causan espanto y nos inspiran terror.

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

A MI HIJO LORENZO.

*¿Porqué será que al asomar el llanto
A mis débiles ojos,
Si miro de los tuyos el encanto,
Terminan mis enojos.*

*¿Porqué será que al recordar doliente
Del mundo los agravios,
Desparecen mis penas de repente,
Al beso de tus labios?*

*¿Porqué será que el corazón amante
Late feliz, aprisa,
Si por ventura en un amargo instante
Contemplo tu sonrisa?*

*Yo no sé, como al ver las decepciones
De esta vida tan breve,
Aun en mí se despiertan ilusiones
Con tu gozo mas leve.*

*No sé porqué, con el recuerdo triste
Que mi tormento labra,
En mí un destello de placer existe,
Al oír tu palabra.*

*Es ¡ay! que de la madre al amor santo
Nada iguala en el suelo,
Y es que tan solo enjugan nuestro llanto
Los ángeles del cielo.*

Emilia Calé Torres de Quintero.

UN MAR
SIN PUERTO.

NOVELA ORIGINAL

DE ENRIQUETA LOZANO DE YILCHEZ.

(CONTINUACIÓN).

—Sí, aquí estábamos los tres, dijo el muchacho con una energía superior á sus años. Aquí estábamos los tres, yo habia traído á Valentina un ramo de flores y la esperaba para dárselo. De pronto un hombre apareció en la puerta, y preguntó por mi madre.

—No está le contesté, ha salido hace poco.

—Ve á buscarla, me dijo, la traigo nuevas que la interesarán.

—Yo no sospechaba nada de aquel hombre. Aquí no sabemos hacer mal á nadie, y no creí que ninguno quisiera hacérselo. Salí sin cuidado..... infame!

El niño revelaba en su moreno y expresivo semblante una terrible indignación.

—Sigue, hijo mío, repitió el padre Carlos, sigue.

—Apenas habia doblado la esquina oí un grito, creí que era la voz de Valentina y volví á casa, sin pensar ya en buscar á mi madre.

—Y era.....

—Sí, si señor, era ella, y tambien Alfredo el que gritaba.

—Los dos!

—Yo los ví que se los llevaban, corrí tras ellos! pero ¡ay! los metieron en un coche que corria mucho más que yó!

—Dios mío!

—Seguí sin embargo, señor, di voces..... pero nadie me oyó y se alejaban... se alejaban! Oh! si yo hubiera sido un hombre, si yo hubiera tenido un arma de fuego!

Y el niño con una energía superior á su edad demostraba su enojo, y lamentaba su impotencia.

—Y despues? preguntó el padre Carlos maquinalmente, y sin abrigar esperanza alguna.

—Despues? despues los perdí de vista: la nube de polvo que envolvía aquel maldito coche se disipó por completo, y ya no se veía ni se oía nada. Subí al montecillo mas cercano... ¡tampoco los distinguí! entonces me senté sobre una piedra y empecé á llorar de rabia, de dolor.

—Pobre Roman! las amaba tanto! exclamó Juana mirando á su hijo con profunda compasion.

—Cuando ya pasó algún tiempo volví á casa y busqué á mi madre para decirle lo ocurrido.

—Si, señor, y aquí nos tiene V. desde entonces presas de la más horrible angustia. Al principio solo pensábamos en el modo de participar á la Condesa esta desgracia, ahora... ahora solo pensamos en llorar por ella y por esos niños sin ventura.

El sacerdote pasó aun algunas horas en aquella casa, haciendo inútiles averiguaciones para saber el paradero de Valentina y Alfredo.

Todo fué en vano.

Los niños habian desaparecido, como desaparece una gota de agua en el fondo del Oceano.

La accion de los raptos habia sido tan rápida, tan inesperada, que nadie se habia apercibido de ella.

El padre Carlos sin embargo, no podia dudar que aquellas inocentes criaturas estaban en poder de Fausto de Meran único que tenia interés en hacerlos desaparecer.

Triste, desalentado, abatido en estremo el padre Carlos, se despidió de Juana resuelto á emprender los mayores imposibles para buscar á los dos pobres ángeles, cuyo paradero le era entonces desconocido.

Su única esperanza era Gaspar.

El fiel servidor podia ayudarle en esta empresa.

Dejó pues aquella casa donde habia llegado lleno de afán, y donde salia más triste que antes, pero al volver un recodo del camino, y cuando perdió de vista la alquería, sintió una mano que se asía de su negra capa y oyó una voz que le decia resueltamente.

—Señor, si vá V. en busca de Valentina y Alfredo, lléveme á mi tambien, que yo le ofrezco ayudarle sin quejarme ni murmurar nunca.

El padre Carlos se volvió y halló á su lado á Roman.

En los ojos del niño se veia una resolucion y una firmeza indecibles.

—Quédate con tu madre, hijo mio, le respondió con dulzura, quédate con tu madre! eres muy niño aun.... y luego? qué podrías tu hacer?

Y despues de bendecirle se alejó sin pararse á escuchar las súplicas del muchacho, y tomando el camino que habia cruzado el día anterior.

—Roman, le vió partir, quedando sólo en el camino.

—Que me vuelva á mi casa! y ¿qué haría yo sin ellos? me moriría sólo allí! Que soy muy niño! Oh! veremos si pruebo que soy hombre, que tengo fuerza y voluntad!

Y dirigiendo una mirada al espacio que se extendia ante su vista hechó á andar resueltamente, llevando por única guía las señales medio borradas de las ruedas de un carruaje.

CAPITULO IX.

I.

Ahora, y para dar á conocer el pasado del noble y digno ministro de Dios, que tanta parte ha de tomar en los sucesos que referimos, nos es preciso esplicar algunos detalles de su existencia, retrocediendo á los primeros días de su juventud.

En uno de los pueblecitos más pintorescos y bellos de la honrada Vizcaya, existia cuatro años antes de los sucesos que hemos narrado, una magnífica quinta de recreo, perteneciente á los duques de San Marcial, señores y dueños de aquél pais.

Allí rodeada de lujo y bienestar, pasaba todos los años una larga temporada la ilustre duquesa viuda, acompañada de su hijo único, Fernando de San Marcial.

Fernando era un jóven de veinte años, dotado de una elegante y hermosa figura, de una instruccion esmerada, de exterior lleno de atractivos, pero de un corazon frio, helado, gastado ya por la adulacion, por la completa satisfaccion de todos los deseos, y por el hastio que trae en pos una existencia consagrada solo al goce de todos los placeres.

En cuanto á la duquesa, era querida y respetada de cuantos la conocian, por los inmensos beneficios que su gran caudal le permitia hacer, pero era temida tambien de todos, por su caracter recto y duro, tan en demasia, que juzgaba la severidad una virtud.

Queriendo proteger, y hacer felices los últimos años de un hombre honrado, del capitan D. Diego de Montellano, le habia concedido el puesto de administrador de los bienes que poseia en aquellos contornos, dándole una habitacion en la misma quinta y un sueldo modesto, pero bastante á satisfacer sus necesidades más apremiantes.

D. Diego habia sido compañero de armas del difunto Duque, le habia salvado la vida en una ocasion, y desde entonces databa la amistad que les habia unido, y la especie de deferencia con que le trataba la Duquesa.

II.

El antiguo capitan era ya anciano; demasiado honrado para hacer fortuna por medio de las intrigas; demasiado leal para rebajarse á pedir como un favor el premio de sus servicios, sólo habia sacado al retirarse del ejército una exigua paga mal retribuida, y las gloriosas cruces que cubrian aquel pe-

cho donde latía un corazón tan noble como generoso.

D. Diego, por toda familia, por toda amor en el mundo, tenía una nieta, ángel de belleza y de virtud, única flor colocada en el camino de su vida para darle alegría y darle perfume.

Regina, tampoco tenía más cariño ni más amparo que su abuelo.

Había perdido á sus padres uno en pos del otro, y sin aquel pobre anciano que la acogió entre sus brazos, sólo Dios sabe lo que hubiera sido de la pobre niña al quedar sola en este mundo.

Los dos se amaban pues, con un cariño exclusivo y único.

Los dos se profesaban al par de una ternura inmensa, una especie de adoración, de gratitud y de respeto.

D. Diego adoraba en Regina el candor y la inocencia de los primeros años, que con un esplendor celestial irradiaban sobre la frente de la niña; Regina adoraba en su abuelo la sabiduría y la honradez de la edad madura, que entre una corona de cabellos blancos rodeaba las sienes del anciano.

El señor de Montellano acompañado de Regina había venido pues á vivir á la quinta, bajo la protección de la Duquesa, y jamás beneficio alguno ha sido agradecido más sinceramente que el que recibieron de su bienhechora aquellos dos corazones.

Regina viendo asegurado un dulce bienestar para los últimos años de su abuelo, unía diariamente á sus oraciones el nombre de la Duquesa; y el anciano viendo á la pobre niña libre de las penalidades y la miseria que antes amenazaba su porvenir, bendecía constantemente á su noble señora, y hubiera dado su vida por ella, si su existencia la fuera precisa para aumentar su felicidad.

Guiado por la gratitud y por una costumbre innata en él, Montellano cumplía fielmente sus obligaciones, y demostraba en todos sus actos una regularidad y una exactitud, que hubieran bastado á probar su honradez, si su honradez no estuviese ya probada con setenta años de una vida ejemplar.

Esto hacía que aquél digno caballero fuera querido y respetado de todos.

III.

Regina también era adorada en aquellos contornos.

Apenas contaba diez y siete años y era tan hermosa, tan hermosa, que aquellos sencillos aldeanos solo podían compararla con los ángeles que cercaban el altar de la Virgen María.

Blanca como la hoja de la azucena, y esbelta también como esa flor emblema de la pureza, parecía reflejar en su frente toda la inocencia de la primera sonrisa del alma.

Sus ojos de mirar modesto y suave, retrataban en su azul purísimo la claridad del día, y el color del cielo sereno y despejado, y sus labios en que solo se escuchaban palabras de dulzura y cariño, eran siempre los mensajeros de la esperanza, pues aquella niña sembraba siempre el bien á donde quiera que dirigía sus pasos.

Es cierto que este bien se reducía muchas veces á frases amables, á santos consejos, á cuidados asiduos, porque ella y su abuelo eran pobres, cuando habían venido á habitar la quinta, y pobres se mantenían en medio de la opulencia que les cercaba.

Pero el instinto de los necesitados sabe apreciar en más la limosna del alma que la del dinero; comprende que la acción de estender la mano y ofrecer algunas monedas, cuando se poseen inmensas riquezas, no supone trabajo alguno, y es fácil y sencillo de ejecutar; pero las lágrimas que se mezclan á nuestras lágrimas, el dolor que viene á responder á nuestro dolor, la palabra que brota del alma para ir á confortar á sostener el alma combatida por la desgracia, esas valen mucho y se tienen en mucho también, por que revelan sentimientos, caridad intensa, amor en fin, y el amor y el sentimiento y la caridad, son los dones más hermosos que Dios á depositado en el corazón de sus criaturas.

Por eso Regina era recibida donde quiera con ternura y veneración.

Dios también parecía bendecirla y quiso sembrar su camino de flores concediéndola una de las dichas mayores que embellecen la vida. Amar y ser amada sin mezquinas dudas, sin interesadas ambiciones, hallar un alma hermana de su alma, igual en elevación en pureza y en virtud, y soñar con la esperanza de cruzar este mundo unidas, y presentarse á Dios unidos también con un eterno y suave lazo.

IV.

Regina había conocido en la aldea un joven honrado, instruido y digno: un joven cuyo nombre era Carlos, hijo único de una noble familia, y que si no poseía grandes riquezas en oro y bienes de fortuna, poseía la inmensa riqueza del espíritu, y los bienes infinitos de un hermoso corazón.

Dios parecía haber formado aquellos dos seres el uno para el otro, y por eso al verse se habían amado con un amor lleno de fé, de santidad y de firmeza.

Los padres de Carlos habían aprobado bendiciéndole, la elección de su hijo, y con esta aprobación la dicha de los jóvenes era completa.

La boda se había fijado por sus padres para un año mas tarde, y ellos esperaban confiados el día de su felicidad, satisfechos con la dicha presente, y sin pedirle mas á su suerte.

Alguna vez, sentados en los jardines de la quinta, envueltos entre los perfumes de aquellas flores, inundados por los rayos de aquel espléndido sol y protegidos por la mirada paternal de aquel anciano.

—Te amo Regina, decia Carlos á su oído.

—Te amo Carlos, respondia ella tan solamente.

Y las flores y el sol, y los pajaros contemplándoles con envidia, parecían murmurar en torno frases de cariño tan sencillas como las suyas!

Todo, pues, era bien en aquella morada. Todo parecia sonreír en redor del antiguo soldado, todo parecia halagarle en los últimos días de su vida.

¡Ay! que sin embargo todo debía concluir muy pronto.

VI.

Un día anunciaron que la duquesa y su hijo iban á llegar á la quinta.

Por todas partes se prepararon festejos, todas las sendas se cubrieron de rosas.

¡Oh! el camino de la vida es muy fácil y muy bello para los poderosos de la tierra.

Amaneció el día señalado para la venida de los nobles señores.

D. Diego no sabia que hacer para festejar á su bienhechora.

La casa se vistió de gala, y él con su antiguo uniforme y apoyado en el brazo de su nieta le quiso salir al encuentro cumpliendo un deber de gratitud y de cortesía.

Nada más digno que el aspecto de aquel anciano, nada mas bello que la presencia de aquella joven con su sencillo traje blanco, y sus rubios cabellos sujetos con una cinta celeste y adornados con dos rosas blancas.

Así se presentaron á sus ilustres señores.

La duquesa al bajar de su carruaje se apoyó en el brazo del anciano, y tuvo para él algunas palabras afectuosas y lisonjeras, por el estado en que hallaban sus magníficas propiedades.

En cuanto á Fernando, se quedó absorto y mudo contemplando á Regina, cuyo aspecto tenia algo de sublime y de angelical.

La niña sintió la mirada audaz del joven pesar

sobre ella, y sus mejillas se tiñeron de rosa, aumentando con esto el prestigio de su belleza.

Fernando se acercó á ella y la preguntó con galantería.

(CONTINUARÁ.)

Enriqueta Cozano de Vilchez.

A UN ROSAL.

—Bello engalanas el vergel de amores
donde el abril ostenta lindas galas,
te presta el cielo vividos fulgores,
y le envían tus tallos tembladores
la dulce esencia que en redor exhalas.

—¿Quién con afán por tu existencia mira,
que del sol no te abrasan los destellos?
—Por mí una niña con placer suspira,
y yo, en la gratitud que ella me inspira,
rosas le doy que prenden sus cabellos.

—Murmura el aura acento dolorido
y te besa con fúnebre misterio:
¿Porqué has dejado tu pensil florido,
y á su mansion de ayer has preferido
las tapias de un humilde cementerio?

—Sueño la vida es; en breve vuelo
se ven pasar sus horas mas hermosas.
Hoy que la niña despertó en el cielo,
verá de allí, que en premio á su desvelo,
para su tumba le guardé mis rosas.

Emilia Calé Torres de Quintero.

Variedades.

Los temblores de tierra

Hay dos especies de terremotos. Los unos, que son causados por la explosion de los volcanes, cuyas conmociones solo se sienten á cortas distancias, y únicamente cuando los volcanes obran, ó antes de su entera erupcion, conmoviendo la tierra hasta cierto espacio, al modo que cuando se vuela un almacén de pólvora, causa un sacudimiento y conmocion sensible á muchas leguas. Los otros, bien diferentes por sus efectos, son los que se perciben á muy grandes distancias, y que conmueven una extension considerable de terreno, sin que se note ningun nuevo volcan ni erupcion alguna. Hay ejemplos de estos terribles terremotos que se han sentido á un mismo tiempo en Inglaterra, en Francia, en Alemania y aun mucho mas léjos; y se ha observado que se extienden mas á lo largo que á lo ancho; que conmueven una banda ó zona de terreno con mayor ó menor violencia en diferentes parajes, y que casi siempre los acompaña un ruido sordo, semejante al de un gran coche que corre con rapidez. Atribúyense estos efectos á que los terrenos están interiormente llenos de galerías, que se dividen y dirigen hácia diversos puntos. La mayor parte de estas cavidades, que se comunican respectivamente, reuniéndose ó partiendo de un centro común, pueden en un instante resentirse á remotísimas distancias de la conmocion central.

Para entender bien cuáles puedan ser las causas de los terremotos, haremos las observaciones siguientes:

Siguiendo los principios de Laplace, fundados en la química pneumática, puede decirse que el granito se extiende en nuestro globo desde las montañas de los continentes hasta el fondo de los mares, y está cubierto en todas partes de capas pizarrosas-arcillosas, cuyos intersticios llenan los flúidos aeriformes, como el gas carbónico, el hidrógeno, el oxígeno, el ácido muriático, el flúido eléctrico, etc. Estos agentes se inflaman ó por el ácido muriático, que introduciéndose en dichas capas se sobreoxida arrebatando el oxígeno á los óxidos metálicos, é inflamando al hidrógeno con quien se halla en contacto, ó por las detonaciones eléctricas que se comunican de unas en otras con la rapidez del rayo, y producen, aun en parajes muy distantes, conmociones casi simultáneas en estas capas lapideas.

Dilatados por el fuego los fluidos aeriformes se esfuerzan á ocupar mayor espacio y no pudiendo conseguirlo estando encerrados, quieren trastornar

las rocas que los sujetan, de donde resultan las oscilaciones y vaivenes violentos, esto es, los terremotos; fenómeno triste para la especie humana, contra el que las ciencias naturales no han encontrado aun defensivo alguno poderoso, y cuyos efectos son tan terribles.

No hay términos con que explicar cuán funestas son estas especies de explosiones.

Entre todas las catástrofes que desuelan la tierra no hay ninguna tan destructora, y que haga mas inútil toda la precaucion y todos los esfuerzos humanos. Cuando los ríos salen de madre, inundan las casas y sumergen las provincias, todavía queda algun recurso al desgraciado labrador, porque puede refugiarse á los montes, ú oponer algunos diques al furor de las aguas; pero en un temblor de tierra toda vigilancia es superflua, y no basta precaucion alguna: apenas hay peligro de que no pueda uno escaparse.

El rayo no ha consumido nunca lugares ni provincias enteras; la peste, puede es verdad, despojar las mayores ciudades, mas nunca las destruye enteramente; pero la calamidad de que hablamos se extiende con un poder irresistible por todo un país, nada la detiene, y sepulta pueblos y reinos enteros sin dejar casi rastro de sus ruinas.

Desde que existe el universo, ha habido temblores de tierra, y los historiadores refieren algunos que son de la mayor antigüedad.

Posidonio dice que habia una ciudad en Fenicia situada cerca Sydon, que fué sepultada enteramente por un temblor de tierra, y que este no cesó de agitar la isla de Eubea, ya en un lugar, ya en otro, hasta que se abrió la tierra en el campo de Lepanto y arrojó gran cantidad de tierra y de materias inflamadas.

La ciudad de Antioquía ha sido destruida muchas veces con temblores de tierra.

En tiempo de Trajano fué abismada, y casi todos sus habitantes perecieron.

En el de Justiniano lo fué segunda vez con cuarenta mil almas; y cincuenta y dos años despues padeció un tercer terremoto con pérdida de sesenta mil personas.

En la Pulla y en la Calabria ha habido mas temblores de tierra que en ningun otro país de Europa; y es muy probable que si el monte Vesubio no existiera, ó se llegase á cerrar, este país desaparecería pronto de la haz de la tierra.

(Continuará.)

S.

Seccion Doctrinal.

Explicacion de los mandamientos.

(CONTINUACION).

—¿Y no echas nada de menos? ¿no te gustaria salir de aquí?

—¡Oh! si Dios quisiera devolverme la salud, si quisiera que yo pudiese ir al campo, ver los pájaros y las flores; yo le bendeciría con toda mi alma por tan gran beneficio; pero..... no quiere ahora, y le bendigo también.

—¿Y te conformas con tu suerte?

—¡Conformarme! Eso significaría poner yo alguna parte de mi voluntad para admitir lo que El me ofrecía, ¿y quién soy yo para tanto? Pobre y miserable niña, sólo deseo bendecir su mano sea cualquiera la suerte que me ofrezca, segura de que esa es la sola que me conviene.

Clara, nada contestó á aquellas humildes palabras, que apenas podía entender.

¡Oh! el virtuoso sacerdote que se habia encargado de guiar á María en el camino de la vida, podía estar satisfecho de su obra. La santa semilla que sembraba en aquel alma producía hermosas y perfumadas flores: la luz que derramaba en aquella inteligencia, reflejaba donde quiera una brillante claridad.

La anciana, que entró en aquel instante en el cuarto, interrumpió la conversacion de aquellas dos niñas.

La buena mujer se admiró de encontrar allí á Clara, y despues de saludarla se aproximó á su nieta, y la dijo besándola con amor:

—Toma, hija mia, toma, te traigo una torta y estas cerezas que me han dado para tí: come aunque esté aquí la señorita, puesto que desde ayer no he tenido nada que darte.

—¿Y V.? preguntó María, mirando con afán la torta.

—Yo tengo aquí también: he recogido para las dos, ¡Dios no nos abandona, hija mia!

—¡Qué bueno es, y cuánto le debemos! exclamó la niña con efusion. Despues ofreció á Clara una parte de su almuerzo, y al ver que esta le dió las gracias, empezó á comer con un apetito que probaba la falta que le hacia aquel alimento, y lo bueno que le encontraba.

Algunos momentos más se detuvieron allí Clara y Rosa, hasta que esta última dijo muy bajo:

—Señorita, Miss Sara se habrá levantado ya.

—Es cierto, vamos, contestó esta disponiéndose á marchar.

—¿Tan pronto? exclamó María con pena.

Volveré á verte, le dijo Clara estrechando sus manos, volveré á verte. Y por un impulso del alma besó la frente de aquel ángel, mientras ponía, sin que nadie lo observase, su portamoneda debajo de la almohada.

—Sí, vuelva V., dijo María; yo seré muy dichosa con verla de nuevo.

La hija del señor de Montalvan salió de aquella pobre habitación, murmurando muy pensativa.

—Qué bueno debe ser amar á Dios sobre todas las cosas, cuando este amor logra embellecer tal infortunio y tanta pobreza!

Rosa vió á su señorita tan preocupada, que apenas se

atrevió á dirigirle la palabra, pero creyó que habia hecho bien en llevarla á casa de su protegida.

Cuando llegaron á la habitación de Clara, esta dijo á su doncella.

—Quédate un momento, tengo que hacerte una pregunta.

—La señorita puede mandar.

—Dime, preguntó la niña, en cuyo hermoso semblante se reflejaba una profunda emocion; ¿no estaría María mucho mejor en esta cama, que en aquella tan pequeña y tan mala?

—En su cama de V.! ya lo creo! respondió Rosa sonriendo.

Pues bien; es preciso que se la lleves, dijo Clara resueltamente: mi padre es demasiado rico y puede comprarme otra.

—Señorita!

—Es preciso, yo lo quiero!

—Perdone V., pero no me atrevo, V. es una niña todavía, y no debe disponer de nada. Tal vez la misma María no querría admitir la dádiva por esta circunstancia.

—Pues bien, no hablemos de esto, acaso tengas razon, respondió Clara, que á pesar de su carácter impetuoso y violento empezaba á sentir en su corazón algo que la hacia pensar de otro modo. No hablemos de esto; pero mi canario y los dos rosales que hay en mi balcon son míos, enteramente míos, puesto que mi padre me los regaló para el día de mi cumpleaños, y puedo hacer de ellos lo que quiera: eso sí vas á llevárselo en mi nombre: ya has oido que le gustan las flores y los pájaros.

—Sí, murmuró Rosa, que no sabía que hacer. Pero ¿no sería mejor esperar á mañana, y así gozaría V. de la sorpresa que este regalo le causaría?

—Mañana es domingo y el aya querrá que salgamos á paseo.

—Dice V. que prefiere quedarse en casa, y así.....

—Es verdad, así pasaremos la tarde al lado de María.

Clara, que como dijimos en un principio, se hastiaba de los juegos y los pasatiempos, encontró dentro de su pecho algo que la absorbía, y la distraía de un modo nuevo y agradable. Lo restante de aquel día lo pasó en hacer proyectos para alegrar y sorprender á su nueva protegida.

—¿Cuál va á ser su gozo, pensaba, cuando vea el pájaro y las macetas; ¡oh! como me agradecerá el haberse los llevado! y qué contenta estará al ver que son suyos!

La bella niña hubiera llevado á María la mitad de cuanto poseía si se hubiera podido guiar de sus deseos solamente, y pasó la tarde en forjar proyectos para el bienestar de la pobre baldadita.

Clara creía bueno y generoso á su padre, pero como jamás se habia este cuidado de ciertos detalles de la educacion de sus hijas, ya porque sus muchas ocupaciones mercantiles se lo impidiesen, ya porque fiaba este punto á Miss Sara, la niña dudaba y no se atrevía á hablarle en favor de su protegida.

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.